

SERMONES SOBRE ALGUNOS MISTERIOS  
DE JESUCRISTO.

	Pág.
Primer Panegírico del Dulce Nombre de Jesús . . . . .	375
Segundo Panegírico del Dulce Nombre de Jesús . . . . .	389
Sermón para la fiesta del Dulce Nombre de Jesús . . . . .	407
Sermón para la fiesta de la Epifanía . . . . .	424
Primer Sermón del Mandato . . . . .	439
Segundo Sermón del Mandato . . . . .	455
Primer Sermón del Descendimiento de la Cruz . . . . .	469
Segundo Sermón del Descendimiento de la Cruz . . . . .	484
Sermón de las siete Palabras del Redentor en la Cruz . . . . .	498
Sermón para el Domingo de Resurrección . . . . .	541
Sermón para el día de Pentecostés . . . . .	555
Panegírico de la Santísima Trinidad . . . . .	572
Sermón para la fiesta del Corpus . . . . .	589
Primer Panegírico del sagrado Corazón de Jesús . . . . .	605
Segundo Panegírico del mismo . . . . .	622
Tercer Panegírico del mismo . . . . .	637
Primer Sermón del sagrado Corazón de Jesús . . . . .	651
Segundo Sermón del mismo . . . . .	666

SERMONES  
DEL  
SANTÍSIMO SACRAMENTO.

## SERMÓN PRIMERO

(predicado en la iglesia parroquial de San José de Bogotá, en la Oración de Cuarenta Horas, 1895).

### La Eucaristía, mundo sobrenatural por excelencia.

Dedit eis potestatem filios Dei fieri... qui... ex Deo nati sunt.

Dióles poder para hacerse hijos de Dios, los cuales de Dios han nacido.

Io. 1. 12. 13.

1. Nacido el hombre para explorar los campos dilatadísimos de la verdad, consumido de hambre de saber cada día cosas nuevas, en nada suele hallar tanto atractivo y satisfacción como en el relato de las exploraciones de mundos desconocidos. Así es que nada escucha con tanto placer el niño como los cuentos del viajero que viene de lejanas tierras. Y en esta parte, creedme, hermanos míos, la humanidad es y será siempre un niño. Por eso los cuerpos científicos, lo mismo que los corros de los ignorantes, oyen con cierto arrobamiento delicioso la historia de los descubrimientos que les relata el diligente geógrafo ó el atrevido marino. Crece el interés naturalmente, si, salvando los límites del planeta que habitamos, las exploraciones tienen por teatro los mundos siderales, y por objeto los astros que los pueblan. Y ved aquí regiones que pudieran llamarse infinitas, mundos que no podrán jamás ser explorados, ni siquiera en alas de la imaginación, por más siglos que vayan trascurriendo. Mas, á pesar de esta imposibilidad, no

hay contemplación que tan alto eleve el pensamiento y el corazón del hombre, en este valle de sombras y de lágrimas, como la de esos mundos del espacio, esferas que van sucediéndose unas tras otras sin que nadie pueda adivinar hasta dónde...

2. Empero, por grande que esto sea, amadísimos oyentes, todo ello se contiene y cabe perfectamente (digan lo que quieran ciertos soñadores filósofos) en los límites de lo natural, de lo finito. ¿Qué será aquello que pasa más allá de todos estos límites? ¿Qué será el mundo de lo infinito propiamente dicho, de lo divino, de lo que con toda exactitud se llama *sobrenatural*, porque está *sobre* toda *naturaleza*, sobre toda creación, no sólo real sino aun posible? ¿No os parece, hermanos míos, esta región mucho más interesante que el mundo mismo de los astros? Pues hasta allá puede elevarse el cristiano; y, sin el auxilio de otra ciencia ni de otro telescopio que su fe, subir puede, por la contemplación del misterio de la sagrada *Eucaristía*, hasta la región inaccesible donde, *entre oscuras claridades*<sup>1</sup>, habita el Ser sobre todo ser, el *Dios de los dioses*<sup>2</sup>, el Criador y Ordenador de los mundos corporal y espiritual. Porque, en efecto, ¿qué es la sacratísima Eucaristía sino un mundo verdaderamente sobrenatural? Ni solamente debe llamarse así por la muchedumbre y grandeza de los milagros que allí se verifican, que todo allí supera á las fuerzas de la naturaleza, sino *por ser este augusto Sacramento el trasunto más fiel de aquel estado en que, como veréis, consiste el orden sobrenatural*. Para comprender esta proposición se hace preciso formar, en la primera parte de este discurso, una idea lo más clara

<sup>1</sup> 1 Tim. 6, 16.

<sup>2</sup> Deut. 10, 17.

y adecuada posible de lo que es ese mundo llamado propiamente sobrenatural. Imploremos las luces del Espíritu Santo, etc. Ave María.

### I.

3. El conocimiento á fondo de ese orden de cosas llamado *sobrenatural* interesa extraordinariamente á todo el que quiera darse cuenta del medio ó región espiritual en que vive, de la índole y naturaleza de la religión revelada, y, por último, de los monstruosos errores de esa escuela contemporánea llamada *Naturalismo* ó Religión puramente natural. Punto es este, hermanos míos, en que no creo estén bastante instruídos la generalidad de los piadosos creyentes. Confúndese de ordinario lo que es sólo *preternatural* con lo que es rigurosamente *sobrenatural*. Aquello, el milagro verbigracia, está situado *fuera* del curso ordinario y regular de la naturaleza física, pero no excede, absolutamente hablando, á la naturaleza misma de las cosas, puesto que cabe holgadamente en los términos de lo posible, mediante la omnipotente voluntad del Criador. El fenómeno que llamamos *milagro* por la admiración que produce<sup>1</sup>, está por encima de las leyes del orden físico, pero no del esencial; del hipotético, mas no del absoluto: el agente natural no tiene poder de producirlo, pero no supera á la esencia de las cosas que tal efecto se produzca. No sucede así con los fenómenos del orden rigurosa y propiamente dicho sobrenatural, que son tales que no caben siquiera en la capacidad de lo posible, ni Dios mismo puede hacerlos en calidad de Criador, sino en virtud de aquella altísima soberanía por la cual las esencias

<sup>1</sup> *a mirando* — S. Agustín.

mismas de las cosas dependen, no ya de su libre voluntad, pero sí de su divina inteligencia y de la plenitud de su ser. Fenómenos son éstos de la índole de aquellos de que asegura el apóstol de las gentes que *ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en corazón de hombre cupieron jamás*<sup>1</sup>; dones son del mismo Dios, como que Él solo es la fuente de todo orden natural y sobrenatural, pero tales que el apóstol San Pedro los califica de *sumos, eminentes y preciosísimos, porque por ellos llega el hombre á hacerse partícipe y consorte de la naturaleza divina*<sup>2</sup>. Y decidme, oyentes míos: ¿Cabe en humana posibilidad que el hombre participe del ser mismo de Dios, de suerte que pueda decirse de él en cierto sentido verdadero: *Dios eres*<sup>3</sup>? ¿Cabe en los límites de la humana comprensión que llegue el hombre á emparentar con Dios, á hacerse en hecho de verdad hijo de Dios, y como tal, darse este título con pleno derecho?<sup>4</sup> Que un hombre, después de yacer en el sepulcro, vuelva á la existencia y al comercio de los hombres, por más extraordinario que parezca, y para nosotros sea nunca visto, no es cosa, sin embargo, que sobrepuje la naturaleza del hombre, ser viviente, sino tan sólo á la ley establecida de que la vida humana sea continua, y que, una vez rota por la muerte, no se reanude por las solas fuerzas de ningún agente finito, no así por el querer de Dios. Pero que el hombre conozca á Dios por visión intuitiva, y que, conforme á este grado de conocimiento, le goce y le posea, he aquí, hermanos míos, una cosa que de todo punto ex-

<sup>1</sup> 1 Cor. 2, 9.      <sup>2</sup> 2 Petr. 1, 4.

<sup>3</sup> Ego dixi: Dii estis, etc. (Ps. 81, 6).

<sup>4</sup> Dedit eis potestatem filios Dei fieri (Io. 1, 12). — Ut filii Dei nominemur et simus (1 Io. 3, 1).

cede y va infinitamente más allá de lo que puede la potencia del hombre, ser racional, incapaz por sus solas fuerzas intelectuales de conocer intuitivamente á Dios. Por aquí podréis empezar á formaros una idea algún tanto aproximada de lo que es ese inefable mundo sobrenatural.

4. Sin tener la osadía de escalar el cielo y penetrar hasta la región de lo impenetrable, tratemos de fijar nuestras débiles miradas, con el auxilio de la revelación, en el objeto primario, ó sea, en el centro mismo del orden sobrenatural. Ese mundo situado más allá de todos los mundos que puede columbrar la mente finita, esa región de luz y de maravillas, inaccesible á todo esfuerzo de criatura, no es otra cosa, hermanos míos, que el seno adorable de Dios, ó lo que hay de más recóndito y arcano en las profundidades de la Esencia divina. Así nos lo enseña el mismo Hijo de Dios, el Verbo Encarnado, cuando dice: *El Unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, es quien nos lo ha revelado*<sup>1</sup>. Y ¿qué es eso sino la vida íntima y personal de Dios, la manera con que aquel ser infinito, si así podemos expresarnos, es y vive dentro de sí mismo, el misterio altísimo de sus relaciones *ad intra*, por el cual es Trino en personas, siendo Uno en esencia? He ahí el seno de Dios, el abismo de la divinidad, lo totalmente invisible á toda inteligencia criada, mientras Dios mismo no se digne manifestarlo, revelándose, lo eterna y necesariamente incomprendible, aun después de revelado: *Deum nemo vidit unquam*<sup>2</sup>. *Quem nullus hominum vidit, sed nec videre potest*<sup>3</sup>. ¡He ahí señalado, aunque á distancia infinita, el centro de este divino sistema planetario que se llama

<sup>1</sup> Io. 1, 18.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> 1 Tim. 6, 16.

el mundo sobrenatural! No solamente es Dios, sino lo más íntimo de Dios, lo divino en lo divino: *Divinorum divinissimum*<sup>1</sup>. ¡Qué asombro!

5. Porque en ese mismo ser divino podemos, y aun debemos, señalar y distinguir dos como fases y aspectos, uno interior y otro exterior, el primero visible á sólo Dios, el segundo accesible á la humana inteligencia. Tal es la doctrina enseñada por el Apóstol en las bien conocidas palabras: *Invisibilia Dei etc.*<sup>2</sup>, de la cual deduce el Doctor de las naciones que fueron inexcusables en su voluntaria ceguedad los sabios y filósofos antiguos. Porque, conociéndose realmente á Dios, descubriéndose claramente sus atributos por el solo espectáculo de las criaturas que pueblan el cielo y la tierra, aquéllos debieron reconocerle, y no lo hicieron cegados por la malicia de su orgulloso corazón. Puede, pues, el hombre, en virtud de su propia naturaleza racional, subir por las criaturas, como por otros tantos escalones, hasta el trono del Criador; puede mirarle en aquéllas, como en magníficos espejos en que se representan y reflejan los rayos de la Divinidad, y formar por este camino, situado en el orden natural, verdadero aunque imperfecto y oscuro concepto de la grandeza de Dios<sup>3</sup>. Y, si esto puede aun durante la presente vida, en región como la tierra, de noche y de tinieblas<sup>4</sup>, ¿cuánto más perfectamente no lo podrá hacer una vez desatado de los lazos de la carne, caída para siempre la venda que le estorbaba la vista de los objetos suprasensibles, desarrollada plenamente en el entendimiento el hambre y la aptitud de

<sup>1</sup> S. Dion. Areop.

<sup>2</sup> Rom. 1, 20.

<sup>3</sup> *La Puente*, Guía espir. t. II, tr. 3, cap. 4.

<sup>4</sup> 2 Petr. 1, 19.

conocer la verdad, la cual es el mismo Dios? *Deus lux est*<sup>1</sup>.

6. Lo que no podrá jamás por sí mismo, en ningún estado ó condición en que pueda suponerse al hombre, fuera *del seno de Dios*, es verle claramente, contemplarle en sí mismo, *cara á cara*<sup>2</sup>, como es en sí<sup>3</sup>; ¿por qué? porque este linaje y manera de conocimiento, *la visión* del ser infinito, supera absolutamente toda la capacidad intelectual del hombre, por ser éste una criatura *racional*, esto es, que conoce la verdad por medio de la razón ó del razonamiento, no por visión ó intuición, por conocimiento abstractivo y que sólo toca el exterior de las cosas, no por aprensión concreta de su objeto. Ni aun las esencias de las cosas finitas espirituales, ¿qué digo? ni siquiera las de las cosas corpóreas, puede ver en sí mismo este pobre y menguado entendimiento humano, de quien tanto se paga la ciencia moderna, y de cuyas fuerzas presume neciamente: ¿cómo podrá ver en sí la esencia divina? ¿cómo alcanzará á conocer á Dios tal como es, Padre, Hijo y Espíritu Santo en la unidad perfectísima de su naturaleza indivisible? Notad, hermanos míos, que todas nuestras ideas, hasta las que parecen más puras y elevadas, respecto de Dios y de sus perfecciones se reducen á meros cálculos y conjeturas; alcanzando más bien lo que *no es* Dios que lo que realmente *es*; aquéllo con negaciones, ésto con afirmaciones ilimitadas. Sabemos que Dios *no es* limitado en el poder *ni* en el saber, *ni* en la riqueza y bienes que posee<sup>4</sup>; que *no tiene* principio *ni* fin, que *no está* ceñido á lugar determinado, *ni* se puede mudar, *ni* comprender, *ni*

<sup>1</sup> 1 Io. 1, 5.

<sup>2</sup> Num. 12, 8.

<sup>3</sup> 1 Io. 3, 2.

<sup>4</sup> *La Puente*, ubi supra.